

Cazar el jañape

Cronwell Jara

Cuando sin mucha locura, apenas poseído por mi impulso asesino, alcé ante el sombrío reptil, tan pesado y —para su miserable tamaño— grotesco garrote de algarrobo, tan sólo al ejecutar el impulso retrocedí en un rincón de mi cerebro miles y millones de años, me vi extraviado entre tinieblas, me sentí despreciable criatura, involucioné como especie; de antropoide descendí a las más extrañas formas; mis huesos y músculos, tanto como mis ojos, mis manos y mi olfato, se transformaron; me vi especie de orangután rugiendo con mi trompa dura de huesos saltados, luego especie inferior y anterior de simio, desconocida para mí; después me vi ostentando las más raras y tristes formas, de canguro hacia algo de conejo, de conejillo de las indias hacia algo de rata; para bajar a insólitas formas de reptil, pez, batracio, célula, y me vi en profundos y luminosos mares en donde relucían en sus reinos las anémonas, los pólipos y las medusas; para retomar otra vez de célula a batracio y luego especie de lejano tiburón, y después transformarme en lagarto, en donde me detuve y engrosé, crecí y endurecí mi coraza, me vi de crestas espinadas con enormes penachos, me movilizaba apoyándome en fortísimos como largos huesos, extendida y aplanada la trompa de poderosos como agudos colmillos, y me oí rugiendo, retando a muerte a otros machos de mi especie o batallando contra otros reptiles inferiores a mi fortaleza de rocas, rodeado de fétidos pantanos y de nubes blancas bajo un cielo

azul; así, en aquel remotísimo pasado me vi enorme como un edificio; muchos seres me temían y huían de mi sola sombra; derrumbaba árboles a mi paso, trituraba con mis garras a otros seres también peligrosos y aguerridos, pero menos fuertes; y como me poseían las hambres no había ser pequeño o bestia enorme que mis potentes mandíbulas no devoraran; fui rey de los reptiles y el universo era mío, y la perversidad y la prepotencia sin ideas eran mis mejores armas; era escasa mi memoria y para nada sentía nostalgia por demás propia de seres más inteligentes y débiles; hasta que en vértigos de luz transcurrieron los siglos, las eras, y entre intempestivos y violentos cambios de clima, de flora y fauna, empezó a degenerar mi coraza y mi forma, y en tan desfavorables circunstancias fui adaptándome a nuevas evoluciones geológicas y de vida; los cataclismos cuántas veces me sacudieron, cuántas veces altas y rojas olas en hervor volcánico me sepultaron; pero continué sobreviviendo, reduciéndome cada vez más, procurando no extinguirme; multiplicándome en esta nueva evolución en originales y casi perfectas formas de vida, según sea mi madriguera, un pantano, la orilla de un río, el seno del mar o el candente desierto, en donde aparentemente nadie y sólo yo podría sobrevivir; —fue así que alguna vez entonces, cuando degradada mi estirpe, alcé mi trompa y sentí vaga nostalgia por mi antiguo reino al contemplar en el cielo de una noche plateada, cruzar el mismo espléndido aerolito que remotos años antes, cuando yo soberbio y poderoso, con desprecio y bravura había retado rugiéndole en su imperturbable ciclo—; según imperiosas leyes metabólicas fui convirtiéndome en pacazo, iguana, lagartija, y mi piel iba adquiriendo las tonalidades más hermosas del arco iris; pero antes, por otra orilla iba transformándome, en rana, sapo, y por aquí en cangrejo, camarón; mas de ese furioso lado del lagarto en donde me iba reduciendo, apocando, debilitando, en donde me vi perdiendo la cresta, las poderosas fauces, los agudos colmillos, y empequeñeciéndome más, casi a la nada, me vi de repente el más mezquino y misterioso reptil todavía; para mi mal o para mi bien algo temido aunque enormemente pequeño y lento y torpe, porque me protege aún mi lejano pasado y lo sombrío de mi triste color repelente y la rara forma de mis finas patas suctoras; y ahora mi reino es el de las supersticiones, crédulos y fatuos me otorgan increíbles pero no poseídos venenos, y me acercan a las brujerías y hechizos; hasta que

me oí un nombre: me llaman el jañape. Y me vi entonces un jañape.

Ahora, en este retrotraer de mi memoria, en donde me asaltaban los espantos y se mezclaban los más hondos y oscuros sentimientos, cuando como hombre y ser civilizado y muy dotado de compleja inteligencia impulsé con decidida fuerza y dirigí el garrote hacia abajo; cuando creí que caía el golpe sobre aquel pequeño ser vivo y no acertaba, todavía me estremecieron otros sobresaltos, los que, en tal confusión, que también me producía padecimientos, me hicieron recordar el origen de tan desigual batalla, el primer instante cuando me dijeron para mi mala suerte: "cázame vivo o muerto un jañape".

En tal turbación evocándome me vi en Lima, por algún lugar del Rímac.

Nunca pensé que tan inocentes palabras iban a obligar someterme ante el centro del ruedo de un campo de lucha, en donde concluida la sanguinaria contienda, de las dos bestias que combatieron a muerte, quien iba a perder tanto como la víctima, iba a ser yo.

Había sido mi sobrino Carlos quien me azuzó, inocuamente, a la contienda, y todo por un miserable cursillo de Ciencias Naturales.

— Jorge, ya que vas a Piura no olvides lo que he pedido.

Y como me juró que iba a causar el asombro entre los colegas de su último grado de instrucción primaria, sabiendo que lo dejaba apesadumbrado porque él no podía viajar, por complacerlo, por ser como soy, un ingenuo, vanidoso y estúpido accedí:

— Cómo no —le dije bostezando—: tendrás tu fiera.

Y juro que en un repentino presentimiento, recuerdo, no quise hacerlo.

Pero cuando me vi bajo el cielo azul de Piura, luego de incursionar por el caserío de Vicús, después de las catastróficas lluvias e inundaciones que arrasaron casi todo el norte del país, cuando oía el bullicioso "co éo éo" de los alborozados choquecos sobre los frescos algarrobos y por los pies se me cruzaban variedades de lagartijas, yendo por los arenosos caminos por los que me refundía, recordé la súplica, el pedido.

Asumo que instantes antes he dicho que son los seres débiles quienes padecen eso que se llama nostalgia.

Debo reconocer que uno de éstos, pero de los más tristes y grises, soy yo.

Me acalabré de nostalgias. Y con el sentimiento de que estaría por cometer, con premeditación y alevosía, el más brutal de los crímenes, aunque muy a mi pesar, me decidí a cometerlo.

Mi intención al ir a Piura y Vicús había sido, como de costumbre y sed de un natural conocimiento, observar una cultura viva, rebuscar mis raíces; sin embargo, embebiéndome y reconociendo con consabidos indicios mi conciencia y mi espíritu como parte de una grande y maravillosa cosmogonía, también en medio de esta aprehensión, a toda mi parentela y amigos había advertido que buscaba un jafape y, por supuesto, fui motivo de risa, de ridículo, y muy pocos felizmente me habían obsequiado seria preocupación; hasta que tuve que insistir ahincando que tal pedido no era mío sino de un niño, mi sobrino. Fue cuando la tía Lidia eligió mi campo de batalla, ese lugar de mi derrota y mi muerte, como dije.

Y pronto ahí estuve cumpliendo en parte y puntualmente con esa porción de fatalidad que me deparaba el destino. Toda una agonía.

Pero, dicha sea la verdad, ni siquiera fue en un campo de batalla; mentí. Como que mi lucha tampoco fue con una especie de lagarto enorme, cercano pariente de algún formidable y sanguinario dinosaurio, no, pero mejor no hubiese sido para hacer más pareja la contienda, dada la brutal inteligencia de un hombre. Fue con un jafape miserable y no más grande que un dedo meñique; y fue en el corral de la casa de la tía Lidia, un terreno incómodo y pequeño, en donde derroché vano coraje y observó el azul cielo de este universo mi titánica hazaña, tan indigna de ser recordada, pero que después trataré de justificar.

Mas al ubicarme en el terreno de caza, al realizar mis sigilosos movimientos en tan breve safari, de súbito sentí que al ir yo a buscar la presa a mí también por algún lado me buscaban, me acechaban. Me aturdí; no había pensado en esto.

Y que cuando alzaba algún leño, enormísima montaña de tronco si comparamos con el tamaño de tan pequeña bestia, creí y tenía el sentimiento que sobre mi cabeza alguna nube oscura se abría, que algún bosque de sombras a cierta distancia era despejado ruidosamente por poderosas y desconocidas fuerzas intentando descubrirme, llegar hacia mí.

Y tuve miedo, muchísimo miedo, porque el corazón se alborotó en mi pecho, mi corazón que lo sentí duplicado, latiendo aterrado y doblemente en uno y otro cuerpo.

Y cuando traté de despejarme y huir de este sentimiento, sentí que por otro lado, arañando la tierra, las menudas raíces secas y la finísima arena, también trataba yo de huir transformado en otra vida, muy débil e indefensa.

Hasta que descubriéndola, me descubrí.

Fue cuando alcé un tronco.

Fue para el jañape, porque ahí vivo y real estaba el jañape, como si desde su mínimo reino levantaran una montaña.

Y nos vimos frente a frente, yo diría que como ante un espejo.

Fue cuando asesté el primer golpe y fallé. Pero continué dando. El jañape de momento se había salvado, saltaba y corría reptando hacia algún rincón, pero algo mío y de esa alimaña, me daba bríos para seguir buscando. Hasta que la acorralé o sería mejor decir fuimos acorralados y nos acechamos, a muerte, el uno contra el otro.

Fácilmente vi entonces que mi mano guiada por un instinto ciego surgido de algún rincón de mi cerebro descalabró su lomo y, luego, la dura huesumbre de su cráneo.

Y coleteando en agonía, saltando adolorido, quedó el jañape ahí; pero no moría todavía, porque se quedó quieto cuando se supo a merced de mi garrote. Y entonces hizo lo que nunca creí iba a hacer un animal como ése. Se quedó mirándome, y su mirada era fija, llena de siglos. Con unos ojos amarillos y una raya oscura, oblicua, en el centro. Y la creí una expresión mía, humana al par que de bestia. Y todavía no moría y aún no iba a morir. Vi y me falta aún ver y contemplar en aquellos ojos, como ante dos ventanas clarísimas, todo el origen de los seres vivos, desde hace millones y millones de años, y de los cuales como el jañape yo también formo parte.

Y convencido estoy que habiéndolo cazado cacé también mi infancia. Agrediendo mucho de mi pasado dentro mío.

También decir jañape, pronunciar esta palabra mágica, plena de raíces y arena al sacudirla entre mis dientes, hasta hace poco equivalía a pronunciar: Piura; un lugar, un origen muy querido, un nervio en carne viva.

Debo confesar que sentí asco y lástima y miedo juntos cuan-

do cogí, agónico y vencido, a aquel pequeño e inofensivo reptil y lo sujeté entre mis dedos; sobre todo un escalofrío y un doloroso estremecimiento cuando sentí sobre mi piel que latía y así, latente, que tampoco dejaba de mirarme.

Debo confesar también, que he jurado no cazar un jafape ni cualquier otro ser vivo, porque cuando lo hice ingresar a la botella de alcohol así todavía viviente, es decir con el sentir de que aún seguía vivo, el animal me causó nuevo sobresalto, otro padecer, porque sin luchar ingresó por el pico de la botella, fácilmente.

Que ni brincó ni desesperó en ahogos, ni procuró en un último supremo esfuerzo por escapar cuando se vio sumergido en el alcohol.

Ya había muerto. Muerto, pero me seguía mirando.

— Cuántos años, cuántos millones de años —me dije— habrán transcurrido para que justamente ocurriera este instante.

Sí, ese instante en que observando fijamente los ojos del jafape tuve un vago sentimiento de que también yo era aquél.

No un pariente lejano y mío, sino mi esqueleto, mis ojos, contemplándome desde adentro hacia afuera, en actitud de estúpido triunfo, a mí mismo.